

EL VIGNEMALE Y UN MILLÓN DE ESTRELLAS

VISIÓN Y CRÓNICA DE ALEJANDRO LLOP (20 AÑOS)

Esta aventura empezó el viernes de 3 de julio a las 4 de la tarde. Yo había quedado con Ángel en el edificio Trovador. Cinco minutos tuve que esperar a que llegara... A continuación fuimos a recoger a María Jesús y su amiga Lorena, quien nos daría, desde el momento inicial, mucha conversación en el viaje y, en general, en toda la excursión.

Llegamos a Bujaruelo a las seis pasadas, después de unas dos horas de viaje y ahí, tuvimos que esperar al siguiente coche durante sus buenos veinte minutos, que aprovechamos para estar sentados al sol del atardecer en la terraza del refu. Finalmente llegaron Alejandro, Carlos, Javier, y JuanRa.

Después de preparar toda la mochila hicimos la foto de salida y, a las siete y poco de la tarde, comenzamos la marcha hacia las profundidades del valle del Ara. El recorrido hasta la cabaña de Cerbillonar fue bastante ameno, sin mucho desnivel que subir, eso sí, con mucha distancia a recorrer y que, a la vuelta, nos dejaría los pies destrozados después de la pedazo de bajada que tuvimos que descender.

En el camino pasamos por la entrada de los valles de Otal y Ordiso, y al llegar a la cabaña de Ordiso vimos por primera vez nuestro objetivo, el macizo de Vignemale con el corredor de la Moskowa delante de nuestras narices –pero a una gran altura-, que culmina en el collado de Lady Lister y con los picos Cerbillona y Central a ambos lados de éste. A partir de este punto dejamos la pista que tomamos en Bujaruelo y nos metimos en un sendero que atravesaba praderas y praderas infectadas de vacas hasta la cabaña de Cerbillonar.

La cabaña estaba ocupada por un simpático danés que estaba leyendo un libro, y que nada más saludarle y hablar con él, se metió en la cabaña, posiblemente asustado de nosotros.

Una vez descargamos todo el peso buscamos un buen lugar para dormir al raso y, como no, fueron las chicas las más espabiladas y cogieron los mejores sitios, a las que se unió Carlos completando el aforo de terreno plano para dormir. Los demás nos conformamos con un terreno algo inclinado y más cercano al camino, que luego tendría sus consecuencias.

A continuación empezamos a cenar y tras un rato de tertulia nos fuimos a dormir. Yo me encargue de poner la alarma a las 6 a.m., y eso creí que hice. La noche fue relativamente buena, con una temperatura excelente incluso para mí que fui con saco sabana y funda de vivac, hasta que a las tres de la madrugada llegaron las vacas, y aquí empieza la historia.

Los mugidos no nos dejaron dormir durante al menos 40 minutos y casi aplastan a Ángel que estaba el que más cerca de su camino. Después de esta anécdota sí que pudimos dormir más tranquilos ¡y tanto que lo hicimos! Eran las seis y la alarma no sonó. No sé cómo se despertaron los demás, pero el caso es que yo me desperté a las 6:19 extrañado por no haber escuchado la alarma. Resultó que la había puesto para que sonara entre semana y, como buen sábado, no sonó.

Mientras tomábamos el desayuno apareció por el camino un gallego que también subía por la Moskowa, y que había partido desde Bujaruelo, a eso de las 4:00.

Tras desayunar, y dejar en la cabaña el material que no íbamos a subir a la cumbre, salimos dispuestos a dejarnos todo en esta larga jornada, después de haber dormido lo justo.

Empezamos la caminata tras los pasos de Carlos que nos llevó por un primer tramo de bosquecillo de pinos, en donde el gallego –que resultó llamarse Jacobo- se nos unió al grupo porque se había perdido.

Continuamos por unas empinadas praderas hasta un primer resalte, por encima del cual empezaron a aparecer las dichas piedras junto a la hierba. En cabeza íbamos Carlos, Ángel, el gallego, Lorena, María Jesús y yo; y un poco más atrás Javier, Alejandro y JuanRa.

JunaRa, una vez pasado un barranco seco, y tras una pausa hecha para reponer algo de energía, nos comunicó que no era su día, que le dolía la espalda y que se daba la vuelta pensando, sobre todo, en la bajada. ¡Y vaya que si fue una buena bajada...!

Después de esta baja empezó el terreno más pedregoso y bastante empinado y fue aquí donde los más jóvenes tomamos la delantera. Yo empecé a adelantarme mientras que buscaba los mojones, que costaba bastante verlos ya que era todo piedra. Al final, y tras un buen rato, llegué a los pies del nevero y esperé a los demás a que llegasen.

Nos calzamos los crampones, cogimos piolets y bastones, nos pusimos la crema y tiramos por un nevero que nos elevó trescientos metros hasta la base de la chimenea, que era el paso clave. Aquí también los jóvenes tiramos fuerte y con un fuerte ritmo llegamos al final del nevero donde esperamos al resto.

Una vez llegados todos a la chimenea y debido a que no todos llevaban casco, subieron primero los que no tenían casco y, detrás, los demás, por los desprendimientos de piedras.

A la salida de la chimenea había una vista increíble. Se veía todo el cordal de Tendeñera y La Partacúa. Seguimos por unos aéreos pasos y por una pedrera bastante vertical hasta que llegamos al collado de Lady Lister tras cuatro horas y media de subida.

Las vistas al glaciar y Pic Longue, desde el collado, impresionaron a todos. Pero, lo que de verdad impresionó fue la enorme fila de gente que había subiendo al Pic Longue, como mínimo 100 personas en total. Resulta que había una carrera de trail al Vignemale, y los corredores hacían cola por turno de llegada para subir el Pic Long, también a la carrera.

Por esta razón decidimos no hacerlo y subimos el Central, con las impresionantes vistas de la marmolera, y el Cerbillona, desde el que se veía todo el Pirineo hacia occidente.

Una vez todos de nuevo en el collado empezamos a bajar con mucho cuidado porque la inclinación en todo el recorrido era muy grande. Hay que decir que lo mejor fue la bajada del nevero, en el que hubo caídas, deslizamientos y prácticas con el piolet. Después vino la interminable pedrera y al llegar a los prados hicimos una parada en una cascada a hidratarnos y descansar un poco las piernas antes de terminar la bajada y llegar a la cabaña de Cerbillonar.

Una vez llegamos a la cabaña, recogimos las cosas que habíamos dejado y después de una breve pausa al sol de media tarde cargamos con todo y tras una larga caminata de vuelta llegamos de nuevo al refu de Bujaruelo donde JuanRa nos esperaba en la terraza, pero nosotros que veníamos tan reventados no le vimos y tiramos directos al césped. Por fin!!

Nombrar que Alejandro Arregui fue el único que al final se atrevió a bañarse a pesar de que otros decíamos que lo haríamos. Y aquí acabo esta larga pero reconfortante excursión a uno de los macizos míticos de los Pirineos.

VISIÓN Y CRÓNICA DE ANGEL GINER (49 AÑOS)

Para poder llegar al punto de encuentro a la hora concertada anduve toda la mañana de cráneo, dedicando a comer unos eximios cinco minutos. Así conseguí presentarme a recoger al resto de expedicionarios con tan solo unos corteses cinco minutos de retraso pero, a cambio, acumulé un acentuado dolor de cabeza provocado por el cansancio, el estrés y el calor.

El viaje hasta Bujaruelo resultó entretenido. Íbamos en el coche dos varones y dos señoritas. Los varones nos limitamos a escuchar, eso sí, en una actitud de escucha activa, y las señoritas se dedicaron a hablar y comentar, lo divino, lo humano, lo mundano, lo recoleto, lo profano, lo de la montaña, lo del llano, lo de los pantanos, lo de los hermanos, lo de los paisanos, los nacionales, los rumanos, los reactores y los aeroplanos. Lo dicho, entretenido viaje para los viajeros escuchantes, y un agotador viaje para las viajeras parlantes. – O eso pensaba yo antes de advertir mi craso error: las viajeras parlantes siguieron hablando y hablando durante toda la ascensión, sin acusar fatiga o lesión en los órganos de fonación -.

Era la tercera vez que El Club programaba la ascensión al Vignemale por esta vía, que tiene mucho de mítica, por ser la primera por la se accedió al macizo y, sobre todo, por la dureza de la ascensión y la dificultad de algunos pasos. Las anteriores convocatorias habían resultado baldías, por razones diversas, entre las que siempre planeaba la dureza de la ascensión, lo que unido al cansancio y malestar que arrastraba, me provocaba una duda recurrente sobre el éxito, al menos para mí, que iba a tener la excursión.

Además, la habíamos pergeñado en plan bucólico, durmiendo al raso bajo las estrellas, lo que le añadía candidez y belleza, pero también incomodidad, humedad, entumecimiento, frío,... agentes que no contribuían a apuntalar mis mermadas fuerzas. Así que antes de emprender la marcha tire de botica y me tome un ibuprofeno y una aspirina a ver si provocaban como acción farmacológica la recuperación de fuerzas y confianza.

La ascensión, hasta el punto en el que íbamos a dormir, fue larga, y se hizo muy pesada, por la sobrecarga de las mochilas: 2 kg. de saco de dormir, 1 kg. de esterilla, crampones, casco, piolet, comida, ropa y hasta cepillo de dientes y chancas subió alguno. Una pesada carga que se dejaba sentir ¡y de qué manera! en las espaldas de unos montañeros devenidos en porteadores.

Llegados al entorno de la cabaña donde íbamos a pasar la noche, dispusimos los sacos en una especie de semicírculo en el que, un talud de tierra nos protegía la retaguardia. Como caballeros – y no sé si por ello, despistados- que somos dejamos los sitios más resguardados y más llanos a las damas –y a Carlos que para eso es el que peina más canas- ocupando los de más pendientes y más expuestos los caballeros.

La cena transcurrió con cierta algarabía, a lo que contribuyó una bota de vino que, sin reposo, iba de mano en mano. Tras una breve tertulia, comenzaron a encenderse titilantes candilejas en el cielo, lo que nos llevo al replegarnos cada uno sobre nosotros mismos.

Algunos pasaron directamente al más profundo y reconfortante de los sueños, a juzgar por los profusos ronquidos y resoplidos que emitían. Otros comenzamos, en la quietud de la noche, a disfrutar del espectáculo de ver surgir una luna, casi llena, desde detrás de la marmolera de Montserrat, y contemplar como todo lo inundaba una claridad plateada. Como, a medida que la luna ganaba lentamente altura, recortaba siluetas de rocas, árboles, lomas dibujando un paisaje bello y pero de inquietantes de formas. El espectáculo incitaba al recuerdo de algunos compañeros con los que habíamos proyectado esta excursión, y que por diversas razones no estaban allí, mientras quedamente esperábamos la llegada del sueño, cambiando, cada poco, de postura, en la esperanza de encontrar la que nos permitiera, definitivamente, conciliarlo.

Por el sueño no llegó solo. Cuando llevábamos durmiendo apenas dos horas comenzaron a oírse en lejanía los cencerros de un rebaño de vacas, cencerros que con intensidad creciente se iban acercando sin prisa, pero sin pausa. En poco rato, nos vimos literalmente envueltos por una manada bovina de más de cien unidades. Llegaron de avanzada los ejemplares más jóvenes –como en la ascensión– y éstos dudaron en pasar por la zona en la que unas desconocidas formas, tumbadas en el suelo, se removían inquietas. Pero he aquí que apareció el macho alfa (un torazo de casi dos metros de alto, casi tres de largo, uno de ancho y unos mil kilos de peso) que emitió un mugido atronador y, la manada, invadió nuestro espacio vital sin contemplaciones, al punto que los que estábamos menos protegidos por el talud, tuvimos que levantarnos ante el riesgo evidente de ser pisado por alguno de aquellos seres que, contemplados desde el suelo en el interior de un saco de dormir, parecían moles de idéntico tamaño al del propio Vignemale. Así, con la esterilla en la mano derecha, un bastón en la izquierda, apoyado en la cintura, hubo quien compuso la figura para dar unos pases naturales; otros permanecieron, rodillas en tierra, con el saco de dormir por delante, como si fueran a recibir a los animales a puerta gayola; y las damas y Carlos, permanecieron impertérritos ejerciendo de don Tancredo –sabiéndose bien protegidos por el talud y por los escudos humanos que tenían delante-. En definitiva, como si de una cuadrilla de maletillas de antaño se tratara, hicimos “las lunas”, apartándonos tan solo del ritual taurino en que nosotros permanecemos vestidos.

Pasado un rato de convivencia bovina-humana, descubrimos que el ganado era manso de solemnidad –auténticos marmolillos que no tenían ni un pase– por lo que una vez replegados sobre el talud, retomamos la horizontal para escuchar, más calmos, el concierto, acompañado de percusiones, que nos iba a ofrecer tan singular coral. Para aquellos que no se hayan visto en una situación como la nuestra, deben saber que las campanas, cencerros y esquilos que se pone a las vacas emiten notas diferentes en función de su tamaño y grosor, y que componen una auténtica escala musical, que va desde las más graves y sordas, hasta las más agudas y sonoras. Igualmente deben saber que las vacas, las noches de luna llena ¡no duermen! Se pasan la noche comiendo sin parar; deambulando de un sitio a otro en busca de los mejores pastos; agitando los cencerros de forma histérica como si se tratara de una procesión de la Santa Compañía; e interpretando obras musicales que comparten la improvisación y la imprevisión de las mejores Jam Sesión de Jazz. En fin, que retomamos la calma pero sin pegar ojo.

Uno de los componentes del grupo no paraba de repetir, “estas vacas son de las Palmas de Gran Canaria; como la afición de la Unión Deportiva Las Palmas no quieren que subamos”, sembrando la perplejidad y el desconcierto en el grupo. Pero, éste ¿qué dice? ¿ha perdido el juicio –si alguna vez lo tuvo? Resulta que con tan enigmática expresión, estaba comparando, muy acertadamente, nuestra situación con la que padecieron los jugadores del Real Zaragoza en el último partido del play-off de ascenso a primera división jugado hace escasas fechas contra la Unión Deportiva las Palmas. Al parecer, los hinchas de Las Palmas fueron hasta el hotel de concentración del Real Zaragoza y montaron una serenata de mucho cuidado durante toda la noche para que los blaquillos no pudieran descansar y estuvieran al día siguiente fatigados para el partido. De ahí el mantra de “estas vacas no quieren que subamos, son de la Unión Deportiva Las Palmas”.

La ascensión transcurrió en los términos en los que Alejandro Llop ha relatado de forma detallada, por lo que solo añadiré que, como decía en el Ven y Verás, cuando se supera la chimenea del corredor de la Moskowa y hasta que se alcanza el collado de Lady Lister, a medida que ascendemos y vamos formando parte de un escenario majestuoso, en donde los espectadores somos como minúsculas hormigas. Delante de nosotros la verticalidad lo domina

todo, paredes de más de 900 metros y glaciares rotos por el tiempo llenan nuestra vista, que a cada momento del día cambian de color y forma.

El glaciar del Vigneamale, tan enorme, tan accesible, tan afable, rodeado por las cumbres que componen el macizo es de una belleza incomparable. Contemplantarlo transmite calma, paz, sosiego, satisfacción. Sin duda es un lugar mágico, con un aura especial. No es casual que Russell se hiciera construir varias cuevas para pasar largas estancias en su cumbre, que obtuviera una concesión administrativa sobre el mismo de 99 años, y que ascendiera el Vignemale en más de 30 ocasiones. Nosotros, allí mismo, imbuidos por su magia, nos conjuramos para volver nuevamente el próximo año, a dormir en la cumbre, para poder disfrutar de la belleza que sedujo a Russell de forma tan rotunda.